

# Azkue folklorista y gran testamentario de la tradición popular vasca



Juan Antonio **Rubio-Ardanaz**\*

*Azkue ocupa una página primordial en los inicios de la historia de la antropología vasca, ubicada en los estudios de folklore. En su obra constatamos una consideración de la cultura como elemento esencial de identidad y de expresión social, que le lleva a una investigación y recopilación de carácter intensivo de los elementos fundamentales de la cultura popular vasca.*

*Palabras Clave: Historia de la antropología vasca. Cultura popular. Folklore. Recogida. Clasificación. Comparación.*

*Azkuek funtsezko orria betetzen du euskal antropologiaren historiaren hasieran, eta folklore ikerketen atalean kokatzen da. Haren obran egiaztatzen dugunez, nortasun eta gizarte adierazpenaren oinarritzko osagarritzat hartzen da kultura, eta horrek eraman zuen euskal kultura herrikoia funtsezko osagarriak era trinkoan ikertzera eta biltzera.*

*Giltza-hitzak: Euskal antropologiaren historia. Kultura herrikoa. Folklorea. Biltzea. Sailkatzea. Konparatzea.*

*Azkue occupe une place primordiale dans les débuts de l'histoire de l'anthropologie basque, située au sein des études de folklore. Nous constatons, dans son œuvre, qu'il considère la culture comme un élément essentiel d'identité et d'expression sociale, qui l'amènent à une étude et une compilation intensive des éléments fondamentaux de la culture populaire basque.*

*Mots clés: Histoire de l'anthropologie basque. Culture populaire. Folklore. Récolte. Classification. Comparaison.*

---

\* Univ. de Extremadura. Fac. de Formación del Profesorado. Avda. de la Universidad, s/n. 10071 Cáceres. rubioardanaz@terra.es

I

Nuestras generaciones van quedando cada vez más lejos en el tiempo de figuras significativas y destacables como la de Resurrección María de Azkue (1864-1951) que vivió entre mediados de los siglos XX y XIX y cuyas aportaciones al campo etnológico, pertenecen a un momento de la historia de la antropología con una posición, contenido y método, que podríamos clasificar de una manera genérica como muy inicial. La lejanía cronológica en mi caso además, supone un impedimento para cualquier recuerdo personal o anecdótico, que siempre sirve para un acercamiento más cálido y amable a la persona. Pero sin embargo, ello no es óbice para recurrir –también con amabilidad y calidez– a la superposición de recuerdos salvando en la medida de lo posible esta barrera temporal. Y en este sentido, cuando pienso en Azkue me viene a la cabeza el Bilbao de mi niñez. Aún sabiendo que este hombre siempre no fue mayor, es ahí donde más que colocar, aproximaremos su imagen de viejo sacerdote con su sotana, amante de las tradiciones y relacionado y trabajando en un reducido ambiente intelectual tan propicio y difícil como el de los años 50 y 60.

En este ejercicio imaginativo, veo a un Azkue frecuentando ya de mayor, esos ambientes que de pequeños eran habituales para nosotros y que se ciñen sobre todo a rincones y lugares de Bilbao como el Arenal, la Ribera o la Plaza Nueva por ejemplo. Esta conexión que no es sincrónica, nos pone ante situaciones distintas pero comprensibles por su cercanía –al menos geográfica y cultural– en las que muchos aspectos del día a día –de carácter simbólico, religioso, familiar, etc.– han ido dejando sitio a otros nuevos, diferentes y ahora habituales y eficaces en nuestra vida cotidiana de la ciudad. Sin embargo, dejándonos llevar un poco por la nostalgia y otro poco por el resorte del recuerdo, con un mínimo esfuerzo aparecerán ante nosotros escenas de dichos ambientes no tan lejanos, ni a nosotros ni a nuestro personaje. Y es así como pensar en Azkue ahora, es también recordar la calle Ribera donde vivían mis abuelos paternos, justo en su comienzo en el segundo portal del que distaba muy poco la Academia de la Lengua sita unos números más adelante y en la que nuestro ilustre vascólogo –tal y como ha atestiguado alguno de sus coetáneos– pasaba muchas de sus horas ya en sus últimos años.

La Ribera ha sido una calle llena de vida con dos ejes fundamentales cada uno en un extremo que todavía hoy siguen siendo muy significativos. Por un lado San Antón junto a la “plaza” o Mercado de la Ribera, polarizador de una actividad económica fundamental tal y como es el abastecimiento de frutas y hortalizas, pescados y carnes. A ella acudía mi abuelo Diego todas las mañanas para comprar y encargar sus pedidos, en el ejercicio de su profesión –cocinero– y desde su responsabilidad como propietario de un establecimiento hostelero en plena pujanza antes de 1936 y también durante varias décadas después. No lo hacía recorriendo la calle enteramente, quizá al considerarla entonces como “la más fría en invierno y la más cálida en verano” de Bilbao, sino atajando por alguna de las “siete calles” y pasando cuando

era necesario por las tiendas de ultramarinos habituales de las calles aledañas. En sus idas y venidas cotidianas, dejaría a un lado a Azkue, entretenido entre sus papeles y notas, escribiendo y pensando, ordenando y dando forma a sus publicaciones en su viejo edificio de patio llamativo.

Mientras uno trabajaba intelectualmente, el otro acudía a un mercado que a orillas de la ría tomaba forma de astillero-culinario, en un recinto espacioso, lleno de ruidos, olores y sobre todo constante movimiento. Vida y acción que rebasaba sus límites generando trabajo más allá de sus paredes, en este caso no en talleres o pequeñas fundiciones, sino en torno a intermediarios y almacenistas suministradores de una gran variedad de mercancías –sobre todo frutas y otros productos agrícolas– que llegaban previamente hasta una auténtica colmena de lonjas, muchas de ellas extendidas a lo largo de la calle Ronda.

Ésta no era una calle tranquila, más bien al contrario, con una actividad aparentemente desordenada, frenética y viva en la que intervenían transportistas y almaceneros, personas clave en una distribución propia de una forma económica que contrastaba con la de las aldeanas y aldeanos que como hoy todavía, también vendían una parte importante de los productos procedentes de sus huertas. De esta manera convivían dos mundos, uno moderno y de vocación comercial donde el pequeño capital se hacía un espacio fundamental y otra tradicional sustentadora –al articularse al mercado–, de la vida material en el ámbito rural. Precisamente, es en el sector rural en el que Azkue intensificaría su inmersión y recopilación de tradiciones, costumbres, cuentos y leyendas, tratando de salvaguardar y de abrir una vía de conocimiento de un mundo cultural vasco muy concreto y para él esencial. En esta misma calle Ronda recordemos, nacía en 1864 también otro insigne escritor, Miguel de Unamuno. Ambos personajes, convivirán y rivalizarán coincidiendo en el interés por el ámbito cultural vasco y los dos mostrarán, aunque por caminos distintos, un exquisito interés por la literatura.

El otro eje importante de la Ribera estaba al principio de la calle, junto al teatro Arriaga, pero también al Arenal que era uno de los verdaderos centros de la villa. Aquí convergían parte de la actividad teatral –al menos temporalmente cuando las compañías llegaban a Bilbao– y la económica que con el tiempo irá ocupando otros espacios en la Gran Vía. En una dinámica típica de desarrollo urbano no podemos olvidar las estaciones de ferrocarril como la de la Robla y la del Norte. Ambas instrumentos fundamentales del tránsito de viajeros y de la comunicación y transporte de mercancías, frecuentadas por todo tipo de personas venidas a Bilbao, por comerciantes, por representantes y otras dedicadas a los negocios. Por otro lado la estación de Algorta y la de Lezama, además del tren de la margen izquierda. Y de nuevo en el extremo opuesto de la calle Ribera, la estación de Atxuri. Los dos ejes de la arteria ribereña envolvían todo un espacio interior como el del casco viejo cuya viva actividad, que hoy se caracteriza por el pequeño comercio sobre todo de ropa, antaño acogía los principales bancos, compañías de seguros, oficinas de navieras, instituciones de enseñanza, hospital, biblioteca, parro-

quias, etc. etc. además de hoteles y restaurantes como el que tuvieron mis abuelos muy cerquita de la Academia de la Lengua.

En el paisaje urbano de Azkue el Arenal del comercio y los bancos que se caracteriza por la intensa vida y actividad de una ciudad que no es fácil, hecha para trabajar, pero también para producir riqueza y promover una mejor calidad de vida que no llega por igual a todos sus habitantes y rincones, también hay que incluir rasgos de ciudad portuaria. Junto al puente del Arenal todavía en mis primeros años colegiales, pasear junto a la ría significaba ver el muelle con sus pequeñas grúas grisáceas descargando fardos de caucho blanco que botaban al caer sobre el muelle. Al atardecer nos llamaban la atención las luces de los camarotes a través de los ojos de buey de los barcos amarrados.

Este ambiente no difiere mucho del que a buen seguro rodeó a Azkue al menos en sus últimas décadas. Muelles y ribera convertidos no mucho más tarde en estacionamiento y cuyas pensiones, pequeños restaurantes y bares, algunos de ambiente portuario, irán desapareciendo paulatinamente, como sucede por ejemplo en Ripa, justo enfrente del Arenal en la otra margen del Nervión. Ese otro lado de la ría, que todos los años contemplábamos irremisiblemente y sin faltar a la cita el día en el que se hacía la foto anual de la clase para la memoria del colegio. El marco sin duda estaba muy bien elegido. Nos colocábamos en las escaleras de acceso al muelle del Arenal, utilizadas como grada para un acontecimiento tan especial, escenario idealizado para el documento gráfico. Colocados frente a la cámara teníamos ante nuestros ojos el muelle, las grúas, mercancías apiladas y ordenadas, los barcos... al fondo Ripa y a nuestras espaldas el Arenal con sus paseos y sus altos plátanos, fondo difuso de fotografía escolar en blanco y negro. Bastaba una pequeña excursión desde el colegio de la Plaza Nueva hasta un marco integrado y a la vez tan distinto, tan habitual y característico de este pequeño rincón del Bilbao que no muchos años atrás había sido el de Azkue. A ambos lados de las escaleras quedábamos inmortalizados por la magia de la fotografía junto a los emblemas que adornaban sus pilares laterales en los que se podía ver el escudo de la villa.

## II

Relacionar la obra de Resurrección María de Azkue, o reflexionar en torno a ella desde parámetros antropológicos nos conduce de forma directa en cualquiera de los casos ante una disciplina como el folklore. Azkue se muestra en este campo como figura ineludible que es preciso considerar, tratándose de un investigador preocupado por acceder a un amplio abanico de materiales de la cultura vasca, supuestamente preservados todavía en el instante en el que indaga y que se encargará de recoger, ordenar y divulgar por medio de su publicación.

Para ello puso en marcha una metodología destinada a su recopilación y salvaguarda, con una actitud que le hacía sabedor de tener ante sí una oca-

sión única, conducente hasta unos elementos culturales engarzados en un pasado rico y esencial cuya lógica respondería a la de una cultura primordial: la cultura popular vasca. Ésta es la orientación de este intelectual que nace en 1864 en Lekeitio y que después de cursar Náutica en su localidad natal, realiza el bachillerato en Bilbao para estudiar posteriormente Filosofía y Teología en el Seminario de Vitoria, destacando también su dedicación a la Música con su paso por ciudades como por ejemplo, Bruselas y Colonia. Estas breves referencias se corresponden con un tiempo histórico que parte de una juventud dedicada al estudio, pasando por 1936 y que prosigue hasta el momento de su muerte en 1951, tiempo caracterizado por una intensa dedicación a la investigación reflejada en sus trabajos y obra.

Como vemos estamos ante una persona de una amplia formación en el terreno humanístico, religioso y artístico que como se verá a lo largo de su vida y de su obra se traduce en un destacable e incansable interés por la cultura tradicional. Al respecto Julio Caro Baroja nos dice que llegó a “aprender muy bien el francés y el alemán, armonía, composición... después Gramática general, Lingüística en el más amplio sentido de la palabra”, además de su formación sacerdotal que le conferiría una “base lingüística sólida, en lenguas antiguas” en alusión al latín y al griego. Pero, en lo que más nos atañe a nosotros hay que destacar su contacto con un “sin fin de teorías y problemas generales de tipo folklórico”<sup>1</sup>. Es ahí donde radica parte de esta opción por el estudio de la cultura vasca que le lleva más allá de los límites de un Bilbao, en el que ya nos hemos situado al menos en parte, pujante y con una actividad portuaria, naval y comercial en pleno desarrollo. Deja la ciudad para recorrer un sinfín de pueblos y localidades del país en búsqueda de los datos necesarios con los que abordar el pensamiento y las formas fundamentales de la vida tradicional.

Es precisamente aquí –entre términos como su formación, el interés por la investigación y el estado histórico de la cuestión de los estudios dedicados a la cultura- donde podemos poner otro punto de inflexión. Y en este sentido preguntarnos por lo tanto, qué busca y por qué indaga e investiga Azkue en el terreno de la cultura popular. ¿Cuáles son los intereses que le llevan a movilizarse y a recorrer de forma tan amplísima la geografía vasca? ¿Qué trata de delimitar en su investigación y qué hay en el trasfondo de su intensa labor? Cuestiones como veremos cuya respuesta, nos van a poner en la pista de aquello que le llevó a una ardua dedicación que a nuestro entender tiene como base un interrogante fundamental que se resume en el significado y el valor que tiene para Azkue la cultura. Respondiendo a estas preguntas llegaremos a las razones que le condujeron a constatar la presencia de tra-

---

1. Julio CARO BAROJA, “Azkue folklorista”, en MICHELENA, CARO BAROJA, TOVAR, *Don Resurrección María de Azkue: lexicógrafo, folklorista y gramático: Conmemoración del centenario del nacimiento del filólogo vasco, perteneciente a la Real Academia Española*, Bilbao: Junta de Cultura de Vizcaya, 1966, p. 43.

diciones, manifestaciones y costumbres recogidas, enmarcadas contextualmente y ubicadas de manera lógica o “interpretadas” formalmente.

Las aportaciones de Azkue se enmarcan en el campo del folklore, disciplina directamente relacionada con la antropología en cuya época se están poniendo ya los primeros pilares de la antropología vasca. Paralelamente a él, pero con una posición que diferirá paulatinamente, con un carácter primordialmente culturalista la antropología vasca iría tomando cuerpo y abriéndose camino de la mano de José Miguel Barandiaran y de sus discípulos. En estos primeros pasos en relación a la visión y presupuestos de Azkue, creemos interesante destacar al menos algunos núcleos conceptuales y metodológicos. Al respecto y centrados en la importancia de su figura como folklorista, cuya trayectoria y posición se reflejan sobre todo en *Euskalherriaren Yakintza*, comprobamos, primero una consideración de la cultura como elemento esencial de identidad y de la expresión social. Junto a esto descubrimos una investigación de carácter intensivo y una preocupación romántica, además de cierta recreación artístico-artificiosa a partir de elementos de la cultura popular.

### III

Los pilares colocados por Azkue no se limitan a los materiales publicados en *Euskalherriaren Yakintza*. La tradición popular queda igualmente plasmada en sus demás obras que como señala Luis Villasante<sup>2</sup>, en su conjunto le hacen merecedor por parte de Antonio Tovar del apelativo de “gran testamentario de la tradición popular de los vascos”, alusión con la que remarca positivamente el intenso trabajo que venimos refiriendo. Queda claro que se trata de una labor de importancia innegable cuya recogida de material supone una “obra colosal” y para lo cual “anduvo por todo el País, pueblo por pueblo, recogiendo palabras, folklore, canciones, refranes, datos, giros, etc.”<sup>3</sup>. En este sentido como vemos, Azkue acude sobre el terreno, localiza sus informantes y en definitiva pone en marcha una metodología basada en el contacto con aquellos testigos capaces de suministrarle los datos válidos con los que obtener fundamentalmente testimonios de la existencia de aquellos rasgos propios de la cultura popular.

Se trata de un enorme esfuerzo junto al que hallamos de nuevo ese intento por no perder de vista la referencia genuina y garante de la autenticidad de los aspectos de la cultura considerados fundamentales, tal y como se pone de manifiesto en la concepción del folklore en la que se encuadra este investigador. Otra prueba de ello y en esta misma dirección es el *Diccionario Vasco-Español-Francés*, en el que intenta superar y evitar cualquier neologis-

---

2. Luis VILLASANTE *et al.* “Literatura vasca escrita”, en *Cultura vasca II*, San Sebastián: Erein, p. 130.

3. *Ibid.*, pp. 130-131.

mo, descartando así supuestos artificios. Para Azkue acudir a la fuente oral que supone sus informantes, es la garantía para un método que trata de buscar en las raíces. En ellas cree poder hallar el contenido exacto de cualquiera de las manifestaciones culturales mantenidas supuestamente en el seno de la cultura popular, tendencia al purismo que no obstante le llevaría a cambiar a menudo los textos populares introduciendo correcciones.

De todas formas y sin olvidar nuestro contexto, aunque sus intereses como sabemos son más amplios (música, composición, creación literaria y operística, etc.), no queremos perder de vista en ningún momento el folklore, –campo que es preciso relacionar con o desde la etnología– y en el que en nuestro caso como vamos viendo, se dibujaría la contestación a las preguntas planteadas un poco más arriba. Sin olvidar que estamos ante alguien que destacó no sólo como folklorista, sino también como musicólogo, músico y literato que compuso y creó obras propias, dejamos para los especialistas cualquier referencia desde consideraciones puramente lingüísticas, literarias, musicales, etc. Nos limitamos a nuestro terreno que mira al campo del estudio cultural y donde, conviene seguir manteniendo un debate permanentemente abierto ante un objeto de estudio tan vivo y dinámico, incluso tratándose como en este caso de la obra de un personaje perteneciente a una página del pasado de nuestra historia y consecuentemente de los primeros momentos de la antropología vasca.

#### IV

Una vez en este punto conviene recordar, desde la misma consideración cercana a la etnología, es decir aquella que pasa por una lógica en la que el concepto de cultura se muestra eficaz para el estudio, la investigación y el conocimiento del ser humano, que la obra de Azkue es ante todo un tratamiento de materiales atribuidos a la cultura popular. Lo popular se distinguiría de las formas y manifestaciones que tienen lugar en ámbitos urbanos como por ejemplo el que conoce nuestro protagonista en el Bilbao que le toca vivir en cuyo ambiente y día a día, la industria y el comercio modernos han ido ocupando un papel importante en la vida de sus habitantes y en el que sin embargo políticamente tomaron importante presencia los primeros cimientos de un nacionalismo romántico. Los ámbitos rural y pesquero, evidentemente diferenciados del hallado en las grandes ciudades, son tomados como lugares aislados y apartados y por lo tanto en los que no hay esencialmente influencias ajenas. Esto les otorga validez en base a una transmisión en el tiempo que a la vez contiene una persistencia digna de ser tenida en cuenta. Se trata de considerar por consiguiente, una lógica distinta a la existente en el mundo ciudadano que obedece a otra forma de hacer y de organizar la vida regidos por un pragmatismo remarcable.

Azkue como vemos, se inscribe y coincide con esta forma de comprender la cultura en la que se separan abiertamente ambas realidades, pero en cuya comprobación se reconfirma una base que es preciso conocer a fondo en un

intento de reinstaurar o recrear en la medida de lo posible –al menos ideológicamente- el sentido de la vida globalmente entendida que incluiría también la ciudad. El descubrimiento y conocimiento de la cultura popular también tiene un valor utilitario con el que poder descubrir factores de identidad capaces de otorgar valor y en definitiva sentido cultural.

Comprender la cultura popular y comprobar su presencia, vigencia y funcionamiento supone abordar toda esa serie de materiales obtenidos en su seno con una metodología que persigue la documentación, la clasificación y el ordenamiento. En esta perspectiva, *Euskalerrriaren Yakintza* publicada por primera vez en 1934 a pesar de contener muchos materiales recogidos bastantes años antes, es una prueba evidente de ello. Es así como encontramos en ella una clasificación en la que se separan costumbres y supersticiones (tomo I), cuentos y leyendas (tomo II), proverbios, modismos, lenguaje infantil, trabalenguas, sobrenombres y acertijos (tomo III) y oraciones populares, poesías populares, meteorología, medicina infantil y juegos de niños (tomo IV). En su planteamiento Azkue viene a coincidir con la orientación que toman los estudios de folklore de principios del siglo XIX, caracterizada por la contraposición entre una base cultural premoderna presente todavía en el ámbito rural y el día a día deshumanizado del urbanismo industrial, considerado incluso destructivo entre la clase trabajadora. En el caso de Azkue se suma el aspecto ideológico propio del nacionalismo de la época.

Los materiales cuyas secciones hemos citado, suponen una amplia y minuciosa obra de recopilación que ocupa un capítulo de la historia de la antropología vasca que aunque tiene puntos comunes, no coincide exactamente con el desarrollado por José Miguel Barandiaran quien destaca por un intento de reconstrucción histórica. Más cercano de Webster y de Julien Vinson –precursores de la investigación en el campo del folklore vasco- para Azkue lo importante es llegar a la mentalidad popular de tal forma que se pueda constatar, identificar e institucionalizar aquellos rasgos que toman su base en una lengua e historia comunes.

En este sentido el mundo rural es tomado como aquella comunidad popular en el que además de la lengua, el investigador encontraría un supuesto depósito que contendría todo un conjunto de creencias y de conocimientos esenciales compartidos. En ellos se refleja y constata una forma de pensar así como una mentalidad que difiere de aquella acuñada paulatinamente bajo los efectos de la modernidad. Es suficiente con su verificación, no siendo necesario ningún tipo de reconstrucción de la historia de la cultura –como hará más propiamente la etnología- cuya esencia y existencia se dan por supuestas.

No solamente constatamos un importante grado de diferenciación respecto al culturalismo clásico y en concreto el de la antropología vasca. También podemos verificarlo en relación a otra importante posición cuyo vigor es patente en los años en los que Azkue investiga y trabaja. Es así como su perspectiva también va a diferir de las posiciones teóricas mantenidas por el fun-



cionalismo de principios del siglo XX. La búsqueda de materiales genuinos y representativos, existentes de forma cada vez más escasa ante el avance de nuevos modos de vida social es confundido con su utilidad sociocultural, frente a una idea funcional donde lo realmente útil era aquello –instituciones y rasgos culturales- en vigencia, en funcionamiento.

La importancia estética, esencial y ética de los materiales –costumbres, canciones, leyendas, cuentos, proverbios, etc.– y su grado marginal contrariamente a los presupuestos funcionalistas, les concedían una validez ideal. El grado de importancia otorgado por los funcionalistas a la utilidad de los elementos culturales no se correspondía para nada con la importancia dada a rasgos y elementos genuinos pero sin validez y utilidad realmente vigentes, sino más bien existentes cada vez más patentemente en el recuerdo de una serie de informantes. Junto a este antagonismo, no olvidemos las aportaciones de corte estructuralista –ya posteriores a la época histórica que nos ocupa aquí- en el estudio de textos orales representativos o pertenecientes a ámbitos considerados tradicionales donde destacó en sus primeros momentos el formalismo de Propp. El análisis estructuralista también contará con algunas aplicaciones en el campo de la literatura oral vasca.

## V

Volviendo a la obra de Azkue debemos señalar que metodológicamente llama la atención su intento por abarcar zonas de toda la geografía vasca. La recopilación de cuentos y leyendas así como proverbios y costumbres le lleva hasta Zuberoa, cubriendo su objetivo inicial proyectado hacia todos los territorios vascos. Se trata de entrar en los rincones más íntimos y evidentemente de difícil acceso a los que como indica Julio Caro Baroja, su condición sacerdotal le facilita tal labor<sup>4</sup>. Y Azkue busca a sus informantes en el ámbito rural o allí donde se encuentren siendo capaz incluso de recorrer y entrar en las residencias y asilos de mayores como el de las Hermanitas de los Pobres en Bilbao.

Se trata de una insistencia positiva que le lleva a entrevistar y a recoger los datos entre los protagonistas, entre aquéllos y aquéllas que a su entender poseen y guardan el conocimiento popular. En esta dirección podemos decir que se está dando un paso gradual importante, caracterizado por la necesidad de acceder al terreno y de contar con los informantes adecuados. Esta postura coincide con la propuesta del culturalismo tradicional para el que el trabajo de campo es también condición sine qua non en sus indagaciones y reconstrucciones de la historia cultural. Se está implantando ya un principio que será fundamental y que hasta la fecha no había estado tan claro a pesar de los importantes viajes que realizan en su momento los investigadores de orientación evolucionista. En este sentido, Azkue vive y pone en

---

4. Julio CARO BAROJA, *ibid.*, p. 46.

práctica una de las primeras opciones metodológicas que imparablemente sentará ya condiciones básicas para el trabajo de campo.

Además de ser un infatigable viajero, al mismo tiempo es un incansable recopilador que no cesa de apuntar y de escribir todo aquello que considera interesante para su investigación en el terreno de la cultura popular. Podemos decir que estamos ante un trabajador nato e imparable gracias al cual contamos hoy con unos materiales que de otra manera hubiesen quedado en el olvido. Se trata de una de las características del folklore que en su época concede una importancia fundamental a la recogida junto a la clasificación y a la comparación, ésta última en el caso que nos ocupa con datos referentes a pueblos germánicos. A pesar de la comparación, coincidiendo también con la línea folklorista de sus días, no se preocupa por dar una interpretación a los hechos culturales vertiendo sus esfuerzos hacia una supuesta cultura más bien del pasado en la que es necesario recopilar todas las supervivencias posibles.

Desde esta época a la que corresponde la obra de Azkue hasta la actualidad han pasado muchos años y podemos afirmar que el interés por la sociedad y por la cultura vasca propio de los estudios antropológicos ha seguido sus derroteros. El folklore y el culturalismo clásicos aportan datos de gran valor e interés y dan lugar a grupos de trabajo e investigación paulatinamente. Con el tiempo como sabemos irán desarrollándose y aplicándose nuevas versiones y estrategias teóricas prácticamente representativas –en el caso de los estudios vascos- de todas las tendencias posteriores. Esta evidencia nos lleva a un gran salto en el tiempo en el que la antropología se enfrenta a formas de vida con problemas evidentemente diferentes a aquellos a los que se hizo frente en décadas anteriores. En este sentido van apareciendo nuevos retos y así como Azkue comprendió e interpretó que obtener un conocimiento de la cultura vasca en su momento, pasaba por la recopilación de la cultura popular, hoy en día ese mismo interés pasa por investigar desde y con las herramientas y conceptos de la antropología tal y como la entendemos hoy, las situaciones y problemas de todos nuestros ámbitos.

El folklore mismo como disciplina también ha ido generando y planteándose expectativas nuevas. Al respecto una cuestión que viene preocupando a los investigadores gira en torno a la creatividad popular, pero ahora en ámbitos como el de la creación electrónica vía internet, realidad que pone en entredicho conceptos hasta hace poco utilizados, como el de pertenencia al grupo. Esta simple mención nos da una idea del gran abismo que nos separa de los planteamientos clásicos. En esta perspectiva la etnomusicóloga Mercedes García –destacada investigadora sobre la obra de Azkue- llama precisamente la atención sobre la necesidad de contextualizar correctamente los trabajos teniendo en cuenta “el gran cambio experimentado en la sociedad por la influencia de los medios de comunicación de masas”<sup>5</sup>, en una

---

5. Mercedes GARCÍA, *Los cancioneros vascos: contexto simbólico y de representación en la tradición oral vasca*, Fundación Benéfico Docente Jesús de Gangoiti Barrera, 1998, p. 203 (inédito).

reflexión que contempla desde la presencia de grupos musicales pop-folk pasando por la importancia de la investigación en el campo del folclore y su proyección en los programas educativos de enseñanza actuales.

Terminamos con estas últimas referencias. Lo hacemos con el ánimo de haber destacado y ubicado una figura tan importante como la que representa Azkue quien ocupa una página de la historia de la antropología vasca. Pero lo hacemos también con la ilusión y la llamada desde nuestra ciencia antropológica para entrar en el análisis y el estudio de muchos de los problemas que en este momento llaman a nuestra puerta –en una sociedad viva como la vasca– que no deja de renovarse día a día, con una dinámica y movimiento en el que se van configurando nuevas situaciones, muchas de ellas incluso impensables hace muy pocas décadas. La cultura se sigue construyendo y es ahí donde debemos entrar –en todos nuestros ámbitos– con la esperanza de que los estudios e investigaciones de hoy también sirvan para una mejor comprensión de la sociedad de mañana.